



Un poco de teología pagana

Los Santos Vegetales y sus lugares de poder

FEDERICO PAZ

ILUSTRACIÓN: ANAHÍ MARAVAL

En Occidente observamos a las plantas de poder desde un punto de vista recreativo, lúdico... o bien desde una perspectiva legal, química, botánica, penal, agronómica, medicinal. Otras culturas, además, descubrieron que sus plantas sagradas eran similares a los dioses, pues ningún otro ser de su entorno, excepto ellas, vibraban con tan espléndida energía. Muchos pueblos indígenas consideraron lugares sagrados tanto a sus templos como a los peyotales que crecían cerca del poblado o a las plantaciones con flores mágicas del dios Shiva. En esta serie de artículos, que comenzamos este mes, enfocaremos de nuevo el vínculo entre los lugares de poder de los pueblos aborígenes y cuatro dioses precristianos, luego transformados en santos vegetales: el San Pedro, el San Isidro, la Santa María y el Santo Daime.

Dioses paganos y santos cristianos

Desde que el hombre existe, entabló contacto con los dioses, o al menos esto narran los mitos de todas las culturas, siendo bastante dudoso que todos ellos se hayan puesto de acuerdo previamente para mentir sobre lo mismo.

A menudo los hombres se comunicaron con los dioses a través del consumo de plantas de poder. Esto también le cuentan los mitos de todas las culturas, y nada nos prohíbe interpretarlos en forma literal.

A tal punto sucedió esta comunicación entre humano y vegetal, que era normal que las plantas mismas fuesen consideradas dioses y diosas que bajaban a la Tierra en forma de hongo, cacto, liana o flor.

Por eso, la traducción del nombre del hongo mesoamericano *Teonanácatl* significa "carne de los dioses" y luego, con la llegada del cristianismo, se vuelve San Isidro. Lo mismo ocurre con el cacto sudamericano *Achuma*, que se vuelve "San Pedro" con el nuevo lenguaje, puesto que para los indígenas era y es tal cacto quien los comunica con el Cielo.

En la medida en que pudieron, los representantes de los dioses monoteístas siempre llamaron "demonios" a los dioses de sus vecinos, como se sabe que hicieron los israelitas de la antigüedad con las divinidades fenicias, y los españoles con los dioses de los aztecas.

Pero cuando era excesivamente grande el amor que los pueblos vencidos sentían por algunos de sus dioses, y los evangelizadores nada podían hacer para demonizarlos y erradicarlos, los santificaron para luego poder incluirlos en el panteón cristiano.

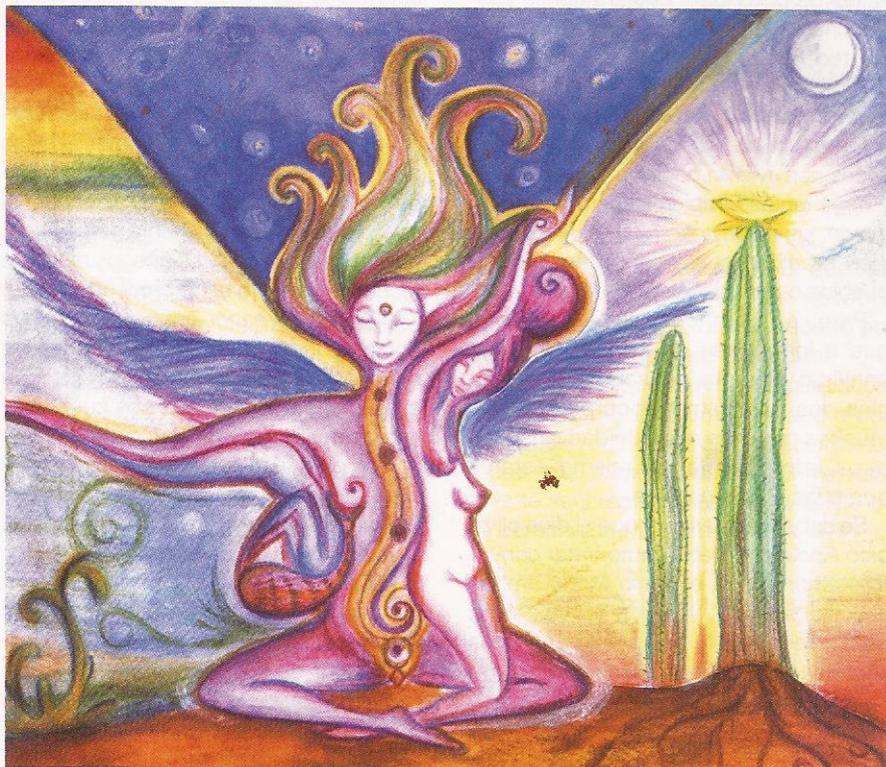
Con la llegada del cristianismo al poder, muchos de estos dioses tuvieron que resignarse desde entonces a ser santos permanentemente secundarios. Esta fue la suerte, por ejemplo, de la diosa germana Briggitte, luego transformada en Santa Brígida. O del africano Xangó, que con el sincretismo se vuelve San Marcos.

Las divinidades que habitan las plantas de poder, no fueron para nada la excepción puesto que, de ser encarnaciones mismas de los dioses, se volvieron santos desde entonces, como el Pedro y el Isidro, como el Daime y la María, de quienes ya hablaremos en detalle a partir del próximo número.

El panteón cristiano está formado por tres dioses principales, que en realidad son solo uno. Los acompaña una corte de ángeles, arcángeles y otros varios mártires, santos y santas secundarios.

Otros panteones de la antigüedad clásica se organizaron entre sí de una forma un poco más democrática, con doce dioses principales, pero rotativos, y otros menores a los que nadie les impedía acceder al gobierno del Universo. La misma figura se repite desde Sumeria hasta Roma, pasando por los caldeos, los hititas o los griegos.

El caso es que cada hombre y cada mujer tuvieron durante siglos la libertad



de volverse dios o diosa por derecho propio. Una vez divinos, también tuvieron derecho a explorar todas aquellas posibilidades que quisieran explorar, libres de las arbitrariedades de un dios supremo.

En un mundo repleto de divinidades que se aceptan entre sí, podemos aspirar a ser dioses también. En cambio, en un mundo con un solo dios reconocido y varios santos a su alrededor, podemos aspirar, como mucho, a ser un santo más, previa beatificación del Vaticano.

Todo esto sin considerar que los santos tarde o temprano mueren y que, en general, son bastante mojigatos, mientras que los dioses no sólo son inmortales, sino que por toda la eternidad gozan de aquellos placeres que les apetece disfrutar.

En general, las divinidades que aceptaron la existencia de otros dioses y diosas, aceptaron también compartir su voluntad con la voluntad humana, dándonos libremente el acceso al conocimiento de las plantas sagradas.

Por el contrario, los dioses que no aceptaron a sus colegas, tampoco aceptaron nuestro libre albedrío ni que comulgáramos con los tesoros mágicos de la naturaleza.

La buena relación de los dioses entre sí

Antes de que Roma pactara con la Iglesia cristiana, el politeísmo se extendía por todo el mundo antiguo, tanto en Occidente como en Oriente, y siempre estuvo también en América y Oceanía.

Estos pueblos politeístas muchas veces convivieron pacíficamente entre sí, y otras tantas también lucharon, se invadieron, igual que nosotros; y a veces también se aliaron para conquistar a otros pueblos o para defenderse de ellos.

Pero, a diferencia del monoteísmo, que a los dioses de los vencidos los convirtió siempre en santos o demonios, los politeísmos incorporaron sin muchos traumas a las deidades de los otros, otorgándoles el mismo estatus que a las suyas propias.

Se sabe, por ejemplo, que el dios olímpico Apolo explicaba cómo tratar convenientemente con el iranio Mitra, ambos asociados al sol; y que a su vez el fiel Osiris describía a sus propios adeptos cómo sacrificarle al mujeriego Zeus.

Contrastemos esta actitud tolerante y hasta amistosa entre colegas, con la de



Moisés enojado con su pueblo luego de bajar del Monte Sinaí y estrellar las tablas de la ley contra la estatua de un dios local, despectivamente llamado desde entonces "ídolo" para única gloria de Yahvé.

San Pablo, que tuvo que sufrir unos cuantos dolores de cabeza para pasarse del judaísmo al cristianismo, al principio de su trabajo de evangelización en el nuevo culto que antes había perseguido, produce en sus oyentes griegos más que rechazo, un cierto asombro y curiosidad:

"¿Podemos saber cual es esa nueva doctrina que enseñas? -le preguntan los corintios- Nos zumban los oídos con esas cosas tan raras que nos cuentas, y nos gustaría saber de qué se trata".

Y es que, si mi dios es Quetzalcoatl y viene alguien y me dice que su dios es Shiva... ¡¡Perfecto!! Será que mi dios es Quetzalcoatl y el de él es Shiva.

¿Qué sentido tendría entonces decir: "no, no... Quetzalcoatl es el único Dios y Shiva es un puto demonio al que hay que retirar de escena"?

Sin embargo, la repetición incesante de este sinsentido, como sí de un man-

tra se tratase, fue la actitud de vanguardia en toda la civilización occidental desde la oficialización del cristianismo a esta parte.

No obstante, esto no tiene por qué ser así. De hecho, nunca lo había sido. ¿Cómo es que tan pronto hemos olvidado la buena relación de los diferentes dioses entre sí? Ejemplos no nos faltan: la diosa cazadora Artemisa, patrona de la colonia griega de Efeso, se había puesto durante el largo conflicto narrado en *La Ilíada* del lado de los troyanos. Pero la derrota de sus protegidos no la borra para nada del Olimpo ni del puerto de Efeso, donde había sido edificado en su honor el Artemisón, el templo a Diana cazadora, una de las siete maravillas del mundo antiguo.

En cambio, cuando luego los representantes exclusivos del Dios cristiano toman el poder, erradican la figura de Artemisa/Diana y construyen sobre las ruinas de Efeso sus propios templos y basílicas. Entre ellos, la famosa Casa de la Virgen.

A esa Casa de la Virgen continúan las peregrinaciones masivas, pero... ¿a

qué virgen van a visitar realmente los peregrinos? ¿A la madre virgen del único hijo de este nuevo dios? ¿O a la diosa virgen que durante siglos fue honrada exactamente allí?

Del mismo modo que un milenio después: ¿A dónde se dirigen los peregrinos de origen tolteca que llegan a la iglesia de Cholula, edificada sobre la antigua pirámide precolombina? ¿A la iglesia o a la pirámide?

Los lugares y las plantas de poder

La costumbre cristiana de usurpar los lugares de poder antiguos ha querido subestimar el amor que los paganos “convertidos” de todos los tiempos y lugares sentían por sus dioses.

Así, les ofrecieron la coartada perfecta para seguir practicando veladamente su culto sin necesidad de mudar la sede.

Hoy en día, uno puede ir por ejemplo a la montaña sagrada de Montserrat y, a la vista del abad y todos los monjes, saludar con todo afecto a la estatua negra de la diosa Isis, con su pequeño hijo Horus en brazos.

Pero nunca debemos olvidar que se construían estatuas a los dioses para poder exteriorizar la ofrenda y el agradecimiento de estar vivo, aunque todos los sacerdotes y adeptos de cualquier dios de todo tiempo y lugar sabían perfectamente mirar para adentro cuando querían activar y comulgar verdaderamente con la divinidad que honraban.

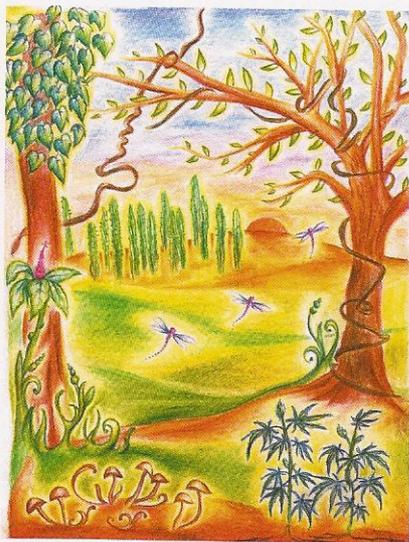
El último gran intento de usurpación fallida de un santuario es la edificación de un Wal Mart –templo en honor del dios único Mercado-, sobre las ruinas de un reactivado Teotihuacán, donde fluyen también auténticos peregrinos convencidos de otra religiosidad más que la de hacer las compras.

Pero en definitiva, ¿qué son los lugares de poder?

Algunos sugieren que simplemente son zonas geográficas que ejercen una fuerte atracción magnética, pues en ellas el velo que separa las diferentes dimensiones de la realidad es más delgado que en el resto del planeta.

Los dioses se sientan a conversar con los hombres y las mujeres, con los animales y las plantas, con toda entidad que busque el descubrimiento de su propia divinidad interior.

Y es que en la medida en que uno reconoce al dios interior y asume su parte



más auténtica como divina, es bueno llevarse bien con los colegas de cada panteón, ya que toda deidad, habida y por haber, vive también en nuestro propio corazón.

Invocar a los dioses, al igual que comer, beber o fumar de sus plantas, es similar a desatar las energías que rodean a sus arquetipos; es usar luego este poder para materializar los deseos más nobles que cada uno de nosotros alberga.

No hace falta, entonces, relacionarse con ellos como quien se congratula

... los dioses siguen vivos, los lugares de poder están activos, y las sustancias activas de las plantas de poder son santos dioses vegetales...

con los poderosos, ni consumir las plantas con sumisión, ni visitar los lugares de poder como quien va a un banco a pedir un crédito. Hay que ir como quien vuelve a casa.

Ya hablaremos de cada caso en particular, de cómo la potencia del peyote, por ejemplo, está estrechamente vinculada a la potencia del desierto sagrado que lo alberga, o como las visiones de la ayahuasca se manifiestan con más nitidez en la selva que en otro sitio, gracias al poder extra que otorga el haber sido recolectados y cocinados allí mismo sus dos componentes básicos: *yagubi* y *rainha*.

El nivel vibratorio más alto de los lugares de poder suele ser ya originalmente un don natural de estos sitios, lo

que llevó a los antiguos videntes a fundar sus centros ceremoniales allí.

Luego, las constantes ceremonias y peregrinajes realizados aumentaron aún más su vibración y con ella la capacidad de comunicarnos con las diferentes dimensiones y con los dioses que aún nos habitan.

Los arquitectos cristianos no desconocían para nada las corrientes de energía que recorrían los sitios sagrados de los paganos y en los cruces más importantes de estas corrientes alzaron luego los altares de sus catedrales.

La iglesia de Sants Just i Pastor, por ejemplo, en el corazón gótico de Barcelona, está edificada sobre un antiguo templo consagrado al dios iraní Mitra. La fiesta del nacimiento de Mitra, *Natalis Solis Invictus*, se celebraba el 25 de diciembre, por lo que el cristianismo no sólo se apropió de sus lugares, sino también de su fecha de cumpleaños.

Hoy, el poder establecido pretende que todos los dioses ya fueron expulsados de la Tierra, que todos los lugares de poder tienen iglesias o supermercados encima, y que todas las plantas de poder ya fueron erradicadas, arrancadas de sus contextos sagrados o bien patentadas para ser vendidas en laboratorios.

Mal que les pese... los dioses siguen vivos, los lugares de poder están activos, y las sustancias activas de las

plantas de poder, santos dioses vegetales, siguen mostrándonos que las verdaderas deidades somos nosotros mismos cuando realizamos nuestro potencial de vida gozosa e inmortal.

Si el visado que se requería para acceder a la condición humana era el olvido de nuestra naturaleza divina, recordemos pues que somos dioses, e inmediatamente sacaremos pasaporte vitalicio de la comunidad multidimensional. ☺

En los próximos números:

San Pedro, las llaves del cielo
San Isidro, la carne de los dioses
Santa María, la madre del Dios
Daime Santo, firmeza en el amor